

Ir por lana y volver trasquilado

Erase D. Juan Cepero un clérigo de rancia cepa jerezana, alto, seco, cejijunto y espaldado, muy atiborrado de teologías y muy pagado de su ciencia, que, a la verdad, no debía ser poca cuando, andando el tiempo, fué canónigo.

Tenía el habla, de ordinario, hosca y campanuda, bien como de hombre sentencioso, el gesto fiero y el mirar sañudo; dos recios bigotes y una barba entrecana, daban toques pavorosos al de por sí severo semblante del licenciado, acabando, por si todo esto era poco, de autorizarle más y más el rostro los calados anteojos, que, mal empinado sobre la nariz, un tanto luenga, hacían, con las cejas enmarañadas, un bien grueso valladar a los ojos que, chicos y cavernosos, casi no se le parecían.

Diz que en sus mocedades fué soldado y que en lo más seguro de sus casas y aposentos, guardaba como oro en paños, en sendos cañutos de latón, los testimonios de sus servicios.

De las armas, sin duda, le quedaron los resabios de puntilloso, discutidor y gran supuesto; tenía por muy entendido en cuestiones de justas y lances de honor, gran arbitrista en asuntos de guerra, supremo ingeniero en cuestiones de fosos, contrafosos, bastiones, rebellines y troneras y demás zarandajas bélicas, sin descuidar, por cierto, el tren de artillería, de la que solía asegurar, sin que nadie lo desmintiese, que era por antonomasia el arma de los combates.

La medida no brillaba, ni por acaso, en sus discursos, antes al contrario, era hombre demasiado exaltado en sus voces y ademanes y es fama que más de una vez le crearon conflictos estas

sus genialidades, pero . . . bien dijo el que dijo que lo que entra con el capillo sale con la mortaja.

En el año de gracia de 1682, disfrutaba nuestro Cepero, de un beneficio de no mala renta en la parroquial del Señor San Dionisio, patrono bendito de la ciudad, renta que redondeaba la propia del licenciado que no era hombre de escasa hacienda.

A dicha parroquia solía concurrir a conversación y tertulia, con más frecuencia que la precisa, cierto cleriguito recién ordenado, apellidado Benítez, joven, tanto que apenas le apuntaba el bozo, ingenioso, zumbón, alegre y dicharachero, hien como el que todavía no ha dado al olvido las mañas y usos de la vida bulliciosa de estudiante. Era hijo del escribano D. Antonio Benítez, y, has de saber, lector amigo, aquí para entre los dos, que se decía en Xerez, en los corrillos de desocupados, chismosos y maldicientes, que en la ordenación del muchacho había influído, más que la piedad y vocación, el deseo del escribano de que no pasasen a otros el disfrute y servicio de ciertas añejas capellanías de sangre, a las que, con buenas mañas y malas artes y enredando genealogías, supo añadir otras no menos pingües y sosegadas. Que esto fuera verdad no osara yo jurártelo, pero sí que lo abonaba el genio del nuevo clérigo, travieso más que paje, burlador y festivo como pocos.

Cierto día de los fuertes de verano, pasadas las horas de la siesta y en espera del chocolate, comentábase en la tertulia parroquial, compuesta de clérigos y honrados hidalgos, los mil lances, gentilezas y destrezas de los caballeros que, el día anterior, por ser de los señalados, habían corrido sortijas en la plaza, dando cada cual su parecer sobre la fortuna o habilidad de los jinetes.

Asistía, como de costumbre, D. Juan Cepero, el que, como autoridad en el asunto, solía llevar la voz y había encontrado ocasión propicia para argumentar vociferando sobre el discutido tema de si era mejor en los manejos y escaramuzas la antigua escuela de la gineta o la más nueva de la brida.

Todos, como conociéndole llevábanle el genio, y nada hubiera acontecido de no estar presente el recién ordenado Benítez, que, ya por no quererlo sufrir o, ya por hacer burla del agrio carácter del beneficiado y dar luego que reir con su cada vez más exaltada oratoria, dijo recio y como aparte:—a fé, a fé, que el seor don

Juan tendrá por más fácil juzgar de caballerías que encajar una absolución; por mi vida, que si ví clérigos amigos de bachillerías, nunca creí los hubiera locos por afanes de tan poca monta.

Oyólo el licenciado, como que con tal propósito fué dicho, y, sin poder dominarse, lleno de coraje, saltó del fraileró donde posaba, y con los puños cerrados y altos, avanzó centelleando los ojos tras los espejuelos, sobre el osado Benítez, que nunca quisiera, mirando por su persona, que fuera la broma tan adelante.

¡Valanos Santa María! ¡Vierais aquí el espanto del muchacho, su correr y su persecución!

El temor arrinconólo en un lugar sin salida y, como Cepero, pese a las voces que le daban, no cejaba en su empeño de escarmentar al burlón, viéndose alcanzar sin remedio, tomó una escoba de las de la limpieza de la Iglesia que encontró al acaso y, empuñándola por las palmas, al acercarse D. Juan descargóle sobre la cabeza, con más miedo que otra cosa, más de una docena de aprovechados palos, con los que destocóle de la teja y derribóle los anteojos, dejando de paso bien descalabrada la testa del beneficiado.

Al estrépito acudieron todos y, Benítez, aprovechando la bulla, escapó, logrando la calle en dos saltos y no parando hasta su casa, con lo que pudo tenerse por hombre de fortuna y dar rendidas gracias al santo del día, pues de seguro no lo hubiera contado si lo alcanza el enojo del ofendido clérigo.

D. Juan Cepero, aún sin sosiego, dióse cuenta de la escapatória y, denostando al cuitado, prorrumpió rabioso, perdida toda mesura:—¡ah don trotón, hijo de otro; por la corona que llevo, prométoos, seor bellaco, qué, mal que te pese, te he de agujerear el pellejo sin que te valga sagrado!

Y dicen, que desde entonces, teniéndose por públicamente afrentado, no se le oyó platicar alegre, ni le agradaron las tertulias letradas, ni le divertieron el ánimo, y esto es mucho, las conversaciones de justas y caballerías, sino que, atento sólo a su venganza, no pisó nunca la calle sin llevar oculto bajo el manteo un rejoncillo que guardaba de sus tiempos mozos de caballero en plaza.

Pasaron así dos años, que fueron dos años de mortales desazones para Benítez, que no le llegaba la camisa al cuerpo; sin poder

entrar en San Dionisio, donde debía cumplir alguna de las piadosas mandas de que era capellán y sin poder tranquilizar su ánimo sobresaltado siempre de fundados temores, pues fué acechado más de una vez y perseguido más de dos por el vengativo clérigo, que repetía siempre, con notable espanto de Benítez, que no le había de valer ni aun la iglesia.

Celebrábase la fiesta de Loreto de 1684 y oficiaba de preste en su parroquia el beneficiado Cepero; habíase dispuesto por el corregidor de la Ciudad, que a la sazón lo era D. Pedro Legazo, y por otros sujetos de autoridad y suposición que, a fin de acabar situación tan escandalosa, se procurase en aquel acto la reconciliación de los dos enemigos, determinando secretamente cómo había de intentarse. A este efecto, al salir el Reverendo Padre Pardo, que era el predicador, sacó de la mano al temeroso Benítez y arrodillándose ambos ante la pública espectación, a los pies de Cepero, dijo así el buen fraile señalando a su Divina Majestad que estaba manifiesto:—¡Seor D. Juan, por este Señor que está presente, perdone vuesa merced a Benítez!

Quedóse atónito al pronto el beneficiado, mudósele la color del rostro y aun una centella de ira brilló en sus ojos, pero, sosegándose luego, los levantó y, abrazando al desconsiderado mozo, que temblaba entre sus brazos, exclamó:—¡Lo perdono por Dios!. Y los fieles que estupefactos presenciaban la escena, al oírlo, entusiasmados tiraban por alto sus chapeos y a voz en grito repetían:—¡Vitor por D. Juan Cepero! ¡Vitor por D. Juan Cepero!

Así terminó este asunto y es fama que fué tan de escarmiento para Benítez, que de repentino y ligero que solía ser en sus dichos y lenguajes, tornóse en mesurado y juicioso, con lo que el resto de sus días vivió y habló de modo más conforme con la gravedad de su estado que el que había usado hasta entonces.

Jerez.

FRANCISCO RAGEL Y GARCÍA,
Correspondiente.
